
¿A DÓNDE VA LA CIENCIA POLÍTICA?*

Giovanni Sartori

Cuando era estudiante, o algo por el estilo, se me enseñaba que no se hace historiografía del presente. Toda historia es ciertamente contemporánea en el sentido en que el historiador interpreta con los ojos de su propio tiempo; pero el objeto de la historiografía es el pasado, lo ya sucedido y no aquéllo que se está haciendo. ¿A dónde va la política? ¿A dónde irá? No lo sé. A dónde ha ido en los años en los cuales la disciplina y yo hemos caminado juntos es —presumo— lo que se me pide narrar e interpretar. Se me pide, pues, hacer de historiador de mi propio presente. Probaré, pero no sin antes haber metido las manos al fuego. Tengo un consuelo: se me ha pedido lo casi imposible.

¿A dónde va la Ciencia Política? ¿Respecto de cuándo? ¿Cuál es el momento o punto de referencia? Partiré —años más, años menos— de 1950, es decir, del nuevo curso que en gran medida refleja, tanto en Italia como más generalmente en Europa, la influencia norteamericana: la progresiva afirmación de una ciencia política entendida casi a la letra, es decir, en espera de afirmarse como “ciencia empírica” fundada sobre la investigación. Los franceses, celosos siempre de todo primado que no sea el suyo, hablan de ella todavía como de Ciencia Política *à l'américaine*. El elemento estrictamente norteamericano es por lo demás el behaviorismo; elemento que había sido precedido, en los años cuarentas, por un grupo compacto e influyente de prófugos de la cultura alemana. Y la característica de la cultura que nos llegaba de Estados Unidos en la segunda posguerra estaba dada precisamente por este injerto de *Mittleuropa* y de Nuevo Mundo. Los Cassirer y los Kelsen trasplantados en Estados Unidos no son más los Cassirer y los Kelsen de la Escuela de Marburgo o de Viena; pero por siempre

* Tomado de Graziano, Luigi (edit.). *La scienza politica in Italia. Bilancio e prospettive*. Milano, Franco Angeli, 1984, pp. 98-114. Traducción de César Cansino y Eduardo Barraza.

serán Cassirer y Kelsen. Cuando joven, desembarqué (aún se iba por mar) en Estados Unidos en el año 1949. Quien más me atraía a la Columbia era Lazarsfeld (nacido en Viena), y el autor que más escribía y daba de qué hablar en Harvard era Carl Friedrich. Americanizándose, Karl había devenido Carl, pero por lo demás era difícil encontrar un catedrático más teutónico que Friedrich. Entonces, la hegemonía de la cultura norteamericana de la segunda posguerra que vino, al menos en aquellos años, a sustituir la hegemonía de la cultura alemana (no puesta en duda hasta 1914 y después destruida por Hitler) era en parte solamente harina de un nuevo mundo; diría, aun más, que su fulgor resultaba del trasiego en nuevos barriles del viejo vino europeo. Alrededor de 1950 la “nueva cultura” venía, ciertamente, de Estados Unidos como sede territorial, pero era fruto de una nueva fusión, en tierra norteamericana, de una sólida fuga y concentración de cerebros europeos.¹

Esta precisión se liga a la primera observación que estoy por hacer. Aquello que más me inquieta al retroceder con la memoria y al confrontar los años cincuentas con los años ochentas es la desaparición de los “grandes”, de los grandes autores. En los años en los cuales leía mucho y escribía poco (en lugar de escribir mucho y leer poco como me ha sucedido al envejecer) existían, sin sombra de duda, autores obligados que en verdad eran “grandes”. ¿Quiénes eran? En 1980 la revista *Government and Opposition* publicaba un fascículo conmemorativo dedicado a “una generación del pensamiento político”.² En su contribución, Ralf Dahrendorf observa que en la generación en cuestión “el más cercano a la estatura de Max Weber sería Raymond Aron”; recuerda entre otros máximos autores a Daniel Bell, S.M. Lipset, Edward Shils, y concluye que los años setentas no han producido, frente a los nuevos problemas y a las nuevas fuerzas de aquella década, “nada ni siquiera vagamente semejante” a cuanto había producido la literatura del periodo precedente.³

En el mismo fascículo, el sociólogo Julius Gould agrega a los nombres de Lipset, Bell y Shils los de Bendix y Smelser, para después comentar: “podía

¹ Cfr. Laura Fermi, *Illustrious Immigrants: The intellectual Migration from Europe 1930-1941*. University of Chicago Press, 2a. ed., 1972.

² “A Generation of political Thought”, vol. 15, pp. 3-4, 1980 de *Government and opposition*.

³ “Twenty-five years of socio-political analysis: notes and reflections”, *loc. cit.*, p. 314, 318 y *passim*.

esperarse que hubiesen tenido sucesores: pero no ha sido así".⁴ Y recientemente me he topado con una nota de Franco Ferraroti que entre los grandes también enumera a David Riesman, para después observar: "con una mirada retrospectiva y comparativa el panorama moderno se ofrece gris e impresionantemente plano".⁵ Hasta aquí los autores recordados son sociólogos (a los cuales agregaría a Talcott Parsons) más que politólogos. Entre estos últimos ya mencionaba a Friedrich. Y ¿cómo olvidar, recordando (con Dahrendorf) a Raymond Aron, al amigo que éste llegó a defender en el tribunal justo antes de morir, es decir, a Bertrand De Jouvenel? Si se me preguntara quién es el sucesor de Ortega y Gasset respondería: De Jouvenel.⁶ Pero si se me preguntara quiénes son los sucesores de él y de Aron, permanecería callado. Podría agregar algún otro nombre, y se puede disentir sobre algunos de los citados, pero, en conjunto, también a mí me parece que los grandes autores de los cuales mi generación ha verdaderamente aprendido no se han reproducido.

¿No hay más "reyes", o no alcanzamos (Dahrendorf, Gould, Ferrarotti, yo) a verlos? Recordaba anteriormente lo difícil que resulta juzgar la realidad de la cual somos parte. A quien intenta la historiografía del presente le falta el desapego y la perspectiva. Y entonces puede suceder que también hoy existan grandes que no percibimos. Es cierto que identificarlos y reconocerlos (en la *communis opinio*) ha resultado difícil por al menos dos circunstancias. La primera es la dificultad de distinguirlos en la multitud. En 1950, éramos tanto en sociología como en Ciencia Política relativamente pocos, mientras que hoy somos relativamente muchísimos. Esporádicas copas de árboles han devenido bosque; y el bosque esconde los árboles. Aunque en el bosque existen troncos grandes están ocultos para siempre. No creo que de este modo se explique mucho, pero ese aumento en las filas puede tener su propio peso oculto.

La segunda circunstancia es la industria editorial. El gran autor permanece como tal por sus libros, libros que todos encuentran y que algunos cuantos leen. El "editor" de otros tiempos sabía lo que imprimía; olfateaba y en ocasiones hasta

⁴ *Loc. cit.*, pp. 390-391.

⁵ "L'inferma Scienza", *L'Opinione*, abril de 1984.

⁶ No objetaría, por lo demás, si alguien respondiese: Hannah Arendt (en referencia a los espléndidos ensayos recogidos en *Between Past and Future* de 1954 y *The Human Condition* de 1958). El punto no cambia, que De Jouvenel y Arendt pertenecen a la misma generación.

estimaba a los autores de éxito y los mantenía con vida, es decir, en el mercado. Benedetto Croce era Benedetto Croce; pero sin Laterza no hubiese sido posible acceder a su fascinación, y si fuese visto hoy en Nueva York y cayese en manos de un editor que ocupa un rascacielos, que debe sacar al mercado diez volúmenes diarios, y que a su vez está dominado por una multinacional farmacéutica (el ejemplo es imaginario, pero son casos que se dan), en tal caso, muy bien podría suceder que de Benedetto Croce nadie se percatara.

Por un contador del gordo editor (o, por su computadora), vendremos a saber, si acaso nos interesara, que un volumen intitulado *Estética* ha sido publicado en 1500 copias y que 600 copias han quedado sin venderse y después han caído al mercado de segunda. Amén: así terminó un oscuro filósofo de provincia. Fantásticos, aunque escenarios en parte verosímiles, la industria editorial es en primer lugar (si no exclusivo) "industria": debe pagar miles de estipendios, tener en movimiento constante las rotativas y producir ganancias que a su vez sostengan sus cotizaciones accionarias en la bolsa. La editorial que deviene industria no sabe nada de aquello que publica; quien a su tiempo vio el manuscrito ya no está; y un pobre autor que busca explicar a alguien, de oficina en oficina y de edificio en edificio, que su libro no se vende porque está agotado, encuentra solamente la atención de una computadora que no escucha y que no ha registrado, al 31 de diciembre, una sensible caída de copias vendidas. Es el fin. Que de aquel libro ya no exista copia alguna es, en el informe del editor, solamente motivo de satisfacción financiera: el limón ha sido exprimido hasta la última gota. Muy bien. Ahora es necesario matarlo. Una reedición no ocupa personal, deja inactivos a los lectores y a los cuidadores de textos (el editor inglés), y sobre todo no permite exprimir el nuevo limón —sobre el tema, y por lo tanto competitivo— que está por salir de la cadena de producción. *Morstua vita mea*. A fin de que la máquina gire a pleno ritmo, el libro aparecido en 1982 se deja morir para dejar lugar al sucesor aparecido en 1984. ¿Exagero? Me temo que no. Las *reading list*, las listas de las bibliografías para los propios estudiantes, son cada año mi desesperación.

Habiéndose terminado los grandes autores de lectura obligada, e inundados como estamos por una ingente selva de publicaciones sumamente mediocres (o peor), encontrar algún buen libro es toda una empresa. De buscar y rebuscar, finalmente uno lo encuentra. Júbilo grande como efímero: después de dos o tres años aquel libro está agotado. La búsqueda del tesoro debe recomenzar y el tesoro es cada vez más reducido. Por lo tanto, la industria editorial hace difícil a los

grandes, o por lo menos a los buenos, crecer y afirmarse. Asistimos —casi de manera inadvertida hemos entrado en el meollo del asunto— a una gran *masacre* en la cual el toro de lidia tiene el mismo fin que el pobre buey cojo.

Pregunta: ¿Cómo es que las víctimas de tan indiscriminada carnicería se dejan matar así tan dulcemente? En parte es su propia culpa. La ciencia, la verdadera, es acumulativa. Para hacer química no es necesario conocer la historia de la química, y para hacer física se puede comenzar desde donde ha llegado. Pero en las ciencias “blandas” la acumulación o no existe o bien, en la medida en la que existe, es dudosa. No obstante, en el ansia de exhibir credenciales científicas, la mayoría de mis más jóvenes colegas se deja persuadir, o quizá termina por creer en verdad, que el último texto, el más reciente, acumula en sí el saber de los textos que lo preceden. Una prueba lo son las *reading list* de las que hablaba arriba. En mis afanosas investigaciones en espera de reivindicar los anuales “agotados”, inspecciono todas las listas de lectura ajenas sobre las cuales alcanzo a meter mano. Y la mayoría de mis colegas monta, me percató, al mismo tigre de la industria editorial. En listas se presenta de inmediato el último libro, el más reciente, aunque su predecesor no se haya agotado aún. Es como si el nuevo incluyese *eo ipso* el viejo, y lo superase. ¡Ay de mí!, así no es. Hace años se inventó la palabra “innovacionismo”, es fea, pero dice mucho. En nuestro caso, explica que editores y autores se persiguen en una falsa carrera “innovadora” que destruye la honesta transmisión del saber y premia la última locura de quien sabe vender humo recubierto.

Esta vez, lo admito, he exagerado un poco. A un lado de los “innovacionistas” hay también estudiosos serios, y en ocasiones el éxito llega también a estos últimos. Queda por observar que también el buen texto del autor serio es hoy más percedero que en el pasado por una razón intrínseca. Desde hace tiempo, la Ciencia Política se desarrolla como un conocimiento empírico y desde hace mucho necesita el fundamento de la investigación. La ciencia va con datos y, en la medida de lo posible, con datos “duros”, datos cuantitativos. Ahora bien, la investigación observa el aquí y ahora; y en tanto más observa con precisión, es decir, que mide, tanto más capta el instante fugaz. Y por lo tanto, los textos fundados sobre la investigación envejecen pronto; a pocos años de distancia sus datos deben actualizarse y será fácil declararlos obsoletos. ¿Es ésta una *diminutio capitis* sin remedio? No. Ciertamente, una teoría “sin datos” es, a la par que otras condiciones, menos deteriorable que una teoría “de datos”, demasiado circunscrita a los datos de los que dispone. Pero lo importante no es esto, sino que los

buenos datos presuponen una buena teoría; que un texto brillante es tal porque su teoría sobrepasa su empiria. Y es entonces cuando el gran autor no envejece (aun cuando sus datos sean viejos) porque ha sabido pensar, por la teoría que contiene. Un buen ejemplo es el de los clásicos de la economía. La economía es ciencia empírica; el economista está apegado a los “fenómenos”, a las cosas que se ven; y sin embargo, los grandes economistas se leen siempre con provecho; quien ha hecho escuela continúa siendo leído no por sus datos, sino por su escuela.

Había partido de la cuestión de si es verdad que los grandes ya no existen. He reconocido que es más difícil individualizarlos, que la industria editorial amenaza a ciegas, y existen; pero poco a poco se ha comenzado a ver que también nosotros, sociólogos y politólogos, hemos tomado caminos equivocados. Que en las ciencias del hombre se dé acumulación es un nefasto autoengaño. Peor aún, la relación entre teoría e investigación ha sido resuelta muy de prisa y, por tanta prisa, ha sido mal resuelta. De la revolución *behaviorista* hemos pasado abruptamente a la cuantificación, y la computadora ha llegado, para las ciencias sociales, demasiado pronto. En el justo medio, después de tanto correr, es impuesto el juicio del “sesentaiochismo”, una revolución cultural que ha sacado muchas cosas del cajón, pero ha producido poco. Dicho todo lo anterior, me incumbe ahora, en alguna medida, explicarlo.

Comienzo por la relación teoría-investigación. Después de tanta teoría sin investigación era normal, y hasta saludable, privilegiar la investigación —la adquisición de datos— como característica distintiva de las ciencias del hombre. Sólo que en la fase del “empirismo crudo” los datos se han comido la teoría. La doctrina que ha sido llamada neo-baconiana⁷ no permite que la ciencia surja, con la ayuda de la estadística, de los datos, con un “retorno a los datos”. Paradójicamente, el padre noble de esta aproximación, ejemplificada por el *Cross Polity Survey* de Banks y Textor (1963), y por el *World Handbook of Political and Social Indicators* de Russett, Alker, et. al. (de 1965, después reeditado por Taylor y Hudson en 1972) ha sido Karl Deutsch.⁸ Al empirismo crudo, aun en su más

⁷ Cfr. Robert T. Holt; John E. Turner (comps.) *The methodology of Comparative Research*, Free Press, New York, 1970, p. 58. Cfr. cap. 2 (de Holt y Richardson), esp. pp. 58-65, “Atheoretic Approaches”. La tesis aquí es que son los datos los que generan la ciencia.

⁸ Deutsch ha sido después el prologista de *Problems of World Modeling: Political and Social Implications*. Ballinger, Cambridge Mass., 1977.

sofisticada versión neo-baconiana, hoy día un buen número lo considera superado. La mayoría pide hoy "más teoría". Pero el llamado cae en buena medida sobre un desierto en el que no puede florecer. Después de haber refutado ampliamente la idea de que los celebrados datos no son más que informaciones plasmadas y recopiladas por "contenedores conceptuales", hoy nos volvemos a encontrar con conceptos mal andados y, peor que nunca, sin "redes conceptuales" sistematizadas para fines de investigación y aptas para consentir la acumulación de los datos.⁹ Cuando todo está dicho —y por decir hay aún muchísimo— se llega, me temo, a esta desconcertante conclusión: que hemos acumulado montañas caóticas de datos que no sólo no deberían de ser sumados (aunque, con la complicidad de la computadora, lo hacemos) sino que, además, raramente son "válidos"; esto es, no miden y mucho menos "indican" aquello que pretenden medir.¹⁰ La relación entre teoría e investigación ha sido volcada en la relación de la investigación con la teoría y, así invertida, ha estropeado la teoría sin coligar o "relacionar" nada.

En los inicios de los años setentas, veinte años después del cambio de curso de 1950, era ya fácil advertir que la revolución *behaviorista* y el ansia cuantificadora eran contraproducentes por tres efectos. Primer inconveniente: "en la medida en que es la naturaleza de los datos (cuantitativos o no) la que establece cuáles son los problemas, la Ciencia Política logra descubrir "más" en lugar de "menos": de volverse precisa, más aún exacta, sobre cosas triviales. Bien por el lado estadístico; pero el hecho de ser datos expresables en números no [...] constituye un criterio de relevancia". Segundo inconveniente: "las definiciones operacionales [planteadas para coligar teoría e investigación] desarrollan la extensión o denotación de los conceptos en detrimento de su intención o connotación, de lo cual se deriva que un operacionismo obsesivo y mal entendido atrofia la teoría, es decir, la fecundidad teórica de los conceptos". Tercer inconveniente: "En el progreso de la ciencia hace de contrapeso el retroceder del objeto, es decir, de la política [...] Necesitamos datos; si son cuantificables es mejor; y si constan de grandes números es todavía mejor. Ahora bien, el grueso

⁹ Véase, para ampliar esto, G. Sartori, *La política: lógica e método in scienze sociali*. Sugar Co, Milano 1979, pp. 266-275. Cfr. También *Parties and Party Systems*. Cambridge University Press, New York, 1976, pp. 295-298.

¹⁰ Lo dicho vale también para los indicadores. Añado que no basta disponer de datos válidos; es necesario también que midan características (propiedades) no triviales de la construcción teórica sometida a verificación. Sobre este último problema debo remitir a mi contribución "Guidelines for Concept Analysis" en G. Sartori (comp.), *Social Science Concepts: A Systematic Analysis*. Sage, Beverly Hills, 1984, *passim*.

de los datos de esta clase está constituido por los datos socio-económicos relevantes para los estadísticos [...] este tipo de información preconstituye la interpretación: de los datos económico-sociales, es un juego de poder recabar explicaciones de tipo económico-social [...]. La política se vuelve un *explanandum* cuyo *explanans* es forjado, y preconstituido, por datos que podríamos llamar hipo-políticos, de bajo tenor de politicidad.”¹¹

Paso al “sesentaiochismo”. De todo lo anterior se deduce que cuando menos en un punto mi diagnóstico coincidía con el de los contestatarios: la “irrelevancia” de la Ciencia Política de corte behaviorista. Sólo que un mismo resultado puede ser atribuido a causas diversas. De hecho así era. Para los contestatarios de la segunda mitad de los años sesentas el vicio estaba en la avaloratividad (denunciada, por lo demás, como conservadora), y el remedio en el renacimiento de una Ciencia Política politizada y valorativa.¹² Nunca he aceptado, ni acepto, esta terapia. No es que yo sea un extremista, un fascineroso de la *Wertfreiheit*. No soy de naturaleza extremista. No estoy por citarme de nuevo.¹³ Y aquí no me adentro en disquisiciones superfluas sobre lo que Max Weber dice, no dice o entiende. La cuestión de los valores era, hasta la revolución romántica, la cuestión de las “pasiones”. Y por más de dos mil años ha sido dicho por las posiciones más extremas que las pasiones oscurecen y perturban el saber. Así Plutarco: “al

¹¹ Cito de mi capítulo, “La scienza politica” en *Storia delle idee politiche, economiche e sociali* (dirigida por Luigi Firpo), vol. VI, Utet, Torino, 1972, pp. 699, 703, 704, 706. Aquel texto es ahora reproducido en *La politica, op. cit.*, pp. 189-245 (donde los pasajes citados están en pp. 234-235, 239-240, 241, 244-245). A decir de G. Pasquino, en la Ciencia Política de los años sesentas había venido surgiendo “el paradigma de la separación de la autonomía de lo político”; paradigma que alcanza su punto más alto con Easton y que es puesto en tela de juicio por el sesenta y ocho, a tal grado que “el punto de partida de los años setentas esta constituido por la retirada de la política” (“Dalla separatezza alla rilevanza della politica” en Varios autores *La scienza politica in Italia: materiali per un bilancio*. Quaderni Fondazioni Feltrinelli, Angeli, Milano, 1984, pp. 23-25). A mi parecer, no hubo separación de la política en los años sesentas. En el escrito remitido en el texto explicaba la “desaparición de la política” (lo exactamente opuesto de cuanto sostiene Pasquino) así: “el movimiento behaviorista se declara interdisciplinario, no ‘reduccionista’; pero contiene, explícita o implícitamente, un potencial reduccionista. No hay duda, por ejemplo, que el behaviorismo haya contribuido a la ‘sociologización de la política’...” (*La politica*, p. 242). Y éste último es un tema que desarrollo a fondo en el escrito “Classi e sociologia della politica”, ahora recogido en *Teoria dei partiti e caso italiano* Sugar Co, Milano, 1982, cap. 5. Disiento también sobre Easton, como diré más adelante, nota 23).

¹² Una compilación que representa muy bien, en Estados Unidos, las posiciones del grupo replicante (el Caucus de la Asociación Americana de Ciencia Política) es: Markin Surkin, Alan Wolfe (comps.), *An End to Political Science: The Caucus Papers*. Basic Books, New York, 1970.

¹³ Para mi posición e interpretación de la weberiana “libertad del valor” *cfr. La politica, op.cit.*, pp. 45-49 y 235-239.

sol hacen sombra las nubes, a la razón las pasiones”. Así Hobbes: “sin guía las pasiones son a lo sumo pura locura”. Así La Rochefoucauld: “la pasión a menudo vuelve estólido al más hábil de los hombres, y hábiles a los más tontos”. La voluntad general de Diderot y de Rousseau presuponía (al no ser ni cognoscitiva ni general) “el silencio de las pasiones”. La máxima que desde siempre rige la conquista del saber es *sine ira et studio*. Máxima que el sesentioochismo desarrolla. En el 69 denuncié los hechos como “asnocracia”. Fue mi párrafo más célebre (en *Il Corriere*), que me redituó una buena cantidad de injurias y la excomunión *urbi et orbi* por parte de los iluminados de aquel tiempo. Pero me mantuve en la misma posición. En el 70, a propósito de las “filosofías sociologizantes a la Marcurse y de la Escuela de Frankfurt” observaba que dichas filosofías “no por casualidad encontraban en Italia el aplauso entusiasta no sólo de los jóvenes (hasta aquí el fenómeno es generacional y universal), sino también de los ancianos, encantados de reencontrarse en el terreno de sus propios pecados de juventud: aquel simplismo dialéctico, aquella orgía de palabronas oscuras, y aquella insolencia verbal que resuelve todos los problemas en palabras...”¹⁴ De toda aquella embriaguez en Italia y más allá, hoy sobrevive solamente Habermas (que no me impresiona demasiado); pero hubo escasez y sus consecuencias, si bien atenuadas, perduran.¹⁵

Entonces, ¿a dónde va la Ciencia Política? Después de haber repartido grandes golpes de espada a diestra y siniestra, no quisiera dejar a quien me escucha con la impresión de que soy un laudatorio del buen tiempo antiguo, o bien de que reconstruyo treinta años de camino como un ir de mal en peor. No. En realidad, la Ciencia Política ha ido y está yendo en sentido diverso. Lo que implica que entre los dos extremos por mí criticados —la ciencia de estricta observancia positivista cuantitativa por un lado, y la no-ciencia ideologizante y filosofante por el otro— existe un filón intermedio, ajeno a ambos excesos, que ha trabajado y continúa trabajando con seriedad y provecho. Por citar a un observador no

¹⁴ *Antologia di scienza politica* a cargo de G. Sartori, Bologna, Il Mulino, 1970, “Introduzione”, pp. 18-19.

¹⁵ Diría que el país que ha quedado más marcado por el sesentioochismo es Alemania, donde Francia ha exhibido el contraataque más eficaz. En Estados Unidos un sondeo de 1976 indicaba que el 69% de los politólogos norteamericanos consideraba al behaviorismo “el paradigma predominante” pero sólo el 48% se identificaba con él. Lo descontado entre los dos valores puede ser leído como una erosión debida a la *campus revolution* (con lo que no pretendo sugerir que la mitad de los politólogos norteamericanos sean hijos y aprueben la “ciencia valorativa”). Cfr. en general John Dreijmanis, “Political Science in the United States: The discipline and the profession”. *Government and Opposition*, primavera de 1983 (del cual recabo, en la pag. 209, los valores del sondeo de 1976).

sospechoso (ni de indulgencia, ni de americanismo) como S.E. Finer: “pese a todo, el estudio de la política está hoy en condiciones mucho mejores de cuanto no lo estuvo cuando yo me topé con ella”.¹⁶ Ciertamente, esto es verdad para Inglaterra, para Italia y para el grueso de Europa. También en Estados Unidos, alrededor de 1950, por debajo de los grandes teóricos y de las grandes universidades se abría un abismo: el grueso de los politólogos era de muy modesto nivel. Treinta años después no encontramos más ni cimas ni simas. La profesión se ha aplanado, pero el balance se coloca sin duda en un nivel más alto que antes.¹⁷ Hoy la profesionalización es sólida y el nivel medio es bueno, pero es también en promedio uniforme.

Volviendo de Estados Unidos a Italia, para nosotros el progreso del cual habla Finer ha sido clarísimo. Cuando yo exhortaba y comenzaba agitarme en pro de la Ciencia Política era joven e ingenuo, y me parecía tener en la bolsa un *knock-down argument*. Derrotando las salidas de los barones del tiempo, preguntaba: ¿cómo es que producimos licenciados en Ciencia Política los cuales, después de haber aprobado veinticuatro exámenes, no saben absolutamente nada de política? ¿Las políticas en plural no incluyen (al menos en una vigesimocuarta parte) también la política en singular? ¡Ay de mí!, el argumento ni siquiera los tocaba. Eran ellos los que tenían el argumento válido. Me respondían: la política (lo deberías saber) es arte, y por lo tanto no puede ser ni ciencia ni enseñada. Rebatía, cuando menos en última instancia: pero hasta el arte se enseña. El pintor va a la escuela de diseño, el músico estudia música, etc. Pero era como golpear en una puerta de ladrillo, mejor aún, de concreto. ¿Cómo fue, entonces, que al final aquella puerta se abrió? No fueron las buenas razones. No fueron los grupos de presión. Ahora ya han pasado tantos años que la verdadera historia, el cómo sucede verdaderamente, lo puedo contar (si se me consiente una digresión autobiográfica que agregue a la casuística unas astucias de la razón).

Corría —no estoy muy seguro— el año de gracia de 1954 (o quizá 1955); me sentía perdido, pero siendo entonces un valiente o, como quiera que sea, testarudo

¹⁶ “Political Science: An idiosyncratic Retrospect of a Putative Discipline.” *Government and Opposition*, números 3 y 4 de 1980.

¹⁷ El momento de mayor brillo de la disciplina está representado por los ocho volúmenes coordinados por F.I. Greenstein y Nelson Polsby, *Handbook of Political Science*. Addison-Wesley, Reading, 1975. Si la serie salta en 1975, el proyecto era de diez años atrás. El *Handbook* refleja, una literatura de los años cincuentas-sesentas que precede al aplanamiento al que aludo en el texto.

ayudante de profesor decidí enfrentar al león en su propia cueva: pedí y logré ser recibido por Carlo Antoni. En aquellos años la Universidad italiana estaba gobernada por el Consejo Superior de Educación, en el cual Antoni tenía autoridad sobre las Facultades de Ciencias Políticas y, por lo tanto, sobre sus modificaciones de estatuto (la introducción de nuevas materias). Mi Facultad —la Cesare Alfieri de Florencia— había pedido la modificación del programa de Ciencia Política más que nada para librarse de un fastidio (es mía la petulancia); pero sabía muy bien que ninguno de mis compañeros habría movido un dedo. Entonces debía ir con Antoni. Lo apreciaba como estudioso, pero lo sabía “crociano” de mirada estrecha, y para Croce la Ciencia Política era un anatema. Entré en el estudio de Antoni pensando para mis adentros que en algo peor no podía estar metido, y cuando lo ví (no lo conocía del todo) sentí el último golpe al corazón. Quien lo recuerda sabe que Antoni era transparentemente tímido, y los tímidos, cuando son sacados de sus casillas, tienden a arrinconarse aún más (y quizá se defienden atacando). De hecho, el diálogo ensordeció y continuaba como un diálogo entre sordos. Ambos confundidos, imprevistamente me vino a la mente la osadía de decir: “profesor, usted enseña Filosofía de la Historia, materia que para Croce no debería existir exactamente como la Ciencia Política; consienta a otro que no existe ponerse a lado de usted”. No digo que ví a Antoni reír, pero ciertamente sonreía. El pacto fue tácitamente estrecho sobre aquel aspecto. Antoni, que era un hombre noble, hizo pasar la modificación del programa al Consejo Superior. En 1956, Florencia me confirió el encargo del programa de Ciencia Política. Quedó muy pequeño y sólo duró algunos años.¹⁸ El camino recorrido de entonces a la fecha es, lo atestigua este coloquio, nutridísimo y fecundo.¹⁹ ¿Por qué, entonces, la mayor parte de lo que he dicho hasta ahora tiene reservas más que elogios? ¿Quizá porque veo a la Ciencia Política italiana como una feliz isla de Arturo rodeada por tierras y continentes infelices? Un poquito, quizá, es así. No lo admito ni yo mismo, más el corazón late siempre por la patria. Pero la razón por la cual mi estado de ánimo es globalmente aprehensivo es una razón que debo aún ilustrar.

¹⁸ La onda de los recuerdos me obliga a recordar y subrayar que fue sobre todo Norberto Bobbio, con su prestigio indiscutible, quien contribuyó a la legitimación de la recién nacida disciplina. Debo recordar también con gratitud al pobre Bruno Leoni y a Giuseppe Maranini.

¹⁹ Lo atestigua otro tanto el bien documentado y ya citado volumen de *La scienza politica in Italia: materiali per un bilancio*.

Había dejado el hilo de mi discurso observando que la Ciencia Política se ha desarrollado, después del periodo de la hegemonía norteamericana, ventajosa y difusamente. En referencia a los años ochentas, el cuadro en conjunto yo lo vería, a vuelo de pájaro, así. Primero, Estados Unidos y Europa (Inglaterra y Francia se mantienen poco más o menos donde estaban) han vuelto a separarse, y ya no hay más, a través del Atlántico, un flujo dominante. Del viejo al nuevo mundo viaja solamente, o sobre todo, el marxismo. Por lo demás —demás que es todavía mucho— ha venido a menos tanto la “deferencia” en las confrontaciones de Europa que ha caracterizado la cultura norteamericana hasta aproximadamente 1939, como la deferencia inversa de la nueva Ciencia Política europea *statu nascendi* en las confrontaciones de la norteamericana. Segundo, la configuración de las relaciones entre nuevo y viejo mundo es asimétrica. Los norteamericanos son (como lo eran los ingleses en su tiempo) monóglotas; se leen casi solamente a sí mismos, son relativamente homogéneos y hacen su propio continente. Los europeos están fragmentados, son políglotas, leen a los norteamericanos, y así gozan de una ventaja que los norteamericanos están perdiendo: la *cross-fertilization*, la fecundación cruzada. Lo que no interrumpe, tercero, que el grueso de los recursos, de los números, y de las universidades que realmente funcionan a alto nivel, permanezcan concentrados en Estados Unidos.²⁰

Si todo lo anterior no es insensato, se deduce que el orden (o el desorden) es demasiado ambiguo como para sostener una “ciencia” que tenga los requisitos para declararse tal. Una ciencia auténtica no se divide según naciones: es, cuando existe, transnacional. Una ciencia, cuando es tal, exhibe un *mainstream*, un cuerpo central, se funda sobre un lenguaje común “especial”, y sus subdivisiones internas son (hasta que no ocurra una revolución, diría Kuhn, de paradigma) de escuela. La analogía más exacta es también aquí la de los economistas. Los economistas están hoy ciertamente en guerra entre sí, entre keynesianos, monetaristas, *supply-side*, mercantilistas y mucho más, pero siempre se entienden en cuanto a conceptos portadores, y no están constreñidos a comenzar cada vez de cero declarando qué entienden por valor, costo, mercado, demanda, oferta, etc. Los politólogos, por el contrario, no tienen ni siquiera un lenguaje especial

²⁰ Junto al artículo de Dreijmanis arriba citado, nota 15, *cfr.* la nueva y ampliada de A. Somit, J. Tanenhaus, *The Development of American Political Science*. Irvington, New York, 1982. El punto más alto de la Asociación Americana de Ciencia Política ha sido, en 1971, de casi 18,000 miembros. Diez años después, en 1981, los inscritos habían bajado a 12,000 (con seis mil estudiantes que aproximadamente ascendían a dos mil); lo que no obstante representa cuando menos tres cuartas partes del total mundial.

estabilizado. Se han dejado fascinar por la doctrina (tan falsa como suicida) de que las palabras son “convenciones” dejadas a la libre “estipulación”; no han considerado hacerse de piernas metodológicas (lo han dejado hacer, en su tiempo, a los Max Weber, a los Lazarsfeld, a los Merton); y cuando se han constituido, hace treinta años, como cultores de una ciencia conductista se han arrojado cabizbajos hacia la investigación y hacia la cuantificación sin consolidar primero su propio recorrido. Han caminado lo mismo, pero sus piernas son de arcilla, y la arcilla ahora ya revela sus grietas.

Retorno, para explicarme mejor, a mi clavo fijo, o si se quiere a mi propósito inicial: cómo es que los grandes se han ido extinguiendo sin sucesores. Tomando a los puros politólogos, partimos de nuevo de la pregunta: ¿quien ha venido después de Friedrich? En Estados Unidos los nombres fuertes de la generación sucesiva son (uno más, uno menos): Robert Dahl, Gabriel Almond, David Easton y Karl Deutsch.²¹ Excluido Deutsch, los otros tres no son cuantitativistas. Easton (pese a su profesión de fe) no es ni siquiera un *behaviorista*: sus dos mayores trabajos son teóricos, de teoría de los sistemas, y se recomiendan por su fineza analítica.²² No por casualidad, y significativamente, Easton ha permanecido más como una voz en el desierto: no ha tenido discípulos y la objeción de todos un poco ha sido que su teoría era demasiado abstracta para prestarse a la investigación.²³ Dahl por el contrario ha cultivado y promovido la teoría empírica; pero su mejor trabajo es *A Preface to Democratic Theory* de 1956: un texto ejemplar de un análisis de las condiciones que en verdad se abre a la investigación empírica. Lo que no elimina que Dahl sea un autor de teoría de la democracia, del pluralismo, de las oposiciones, de “quien gobierna”, y no un autor cuantitativista. Almond es una figura “seminal”, pensador, que ha dado ideas a todos. El

²¹ Me limito al núcleo de derivación y extracción intradisciplinario. Los economistas (de Buchanan y Tullock a Hirschman y, por último, Mancur Olson), los matemáticos de la teoría de los juegos, así como los filósofos (cuyo dirigente es Rawls) que llegan a la política desde otros extremos, obviamente son excluidos de mi discurso. Vale precisar además que en la Ciencia Política yo incluyo la teoría política endógena (aquella teoría que toda disciplina desarrolla desde su interior) pero no a la teoría exógena, importada con todo su peso de otras disciplinas. Si admitimos las importaciones escapamos del problema.

²² Me refiero a *A Framework for Political Analysis* y a *Systems Analysis of Political Life*, aparecidos sucesivamente en 1965. El volumen de 1953, *The Political System*, que ha quedado como el mayor éxito, es de calidad inferior.

²³ Como se entiende, no alcancé a atribuir la falta de éxito de Easton (como Pasquino, *supra*, nota 11) a su haber logrado por extensión “el punto más alto de la autonomía de lo político”. Si fuera así, entonces en Easton todo debería ser *with input*; siendo que no es así, el sistema político eastoniano recupera y procesa cualquier *input*.

prefacio a *The Politics of the Developing Areas* de 1960, los artículos de los años cincuentas ahora recopilados en *Political Development: Essays in Heuristic Theory* (1970), hasta el capítulo que introduce *Crisis, Choice and Change* (1973), todos son escritos que en verdad han lanzado y posibilitado la política comparada. Almond no es un autor riguroso: su discursar es dehilvanado, a menudo impreciso, y lógicamente en desorden, pero el ingenio es estimulante e innovador. Y llegamos a Deutsch. Easton, Dahl y Almond, representan la gran politología estadounidense de formación autóctona, pero no son de ningún modo versados en números y estadísticas y, como *behavioristas*, no lo son (cuando lo son) a ultranza. Deutsch lanza, por el contrario, el *Yale Political Data Program*, pero nace en Checoslovaquia, proviene de la *Sudetenland*, y cumple todos sus estudios universitarios en Praga, la cual deja en 1938 para ir a Harvard. En 1942, en el Massachusetts Institute of Technology, se vuelve amigo de Norbert Wiener (nacido en Norteamérica, pero educado en Cambridge y en Gotinga), quien ejerció —escribe Deutsch— “una profunda influencia sobre mi pensamiento”,²⁴ lo cual se comprende, visto que su libro más importante es una teoría cibernética de la política: *The Nerves of Government* (1963). Deutsch es entonces el cuantitvista del grupo, pero es y por mucho el menos americano y porta ciertamente consigo, al llegar a Estados Unidos, una rica y variada cultura europea que nunca abandona. Su erudición es tan proverbial como su memoria. Y, entonces, Deutsch no demuestra todavía lo que el cuantitvista hace, o puede hacer, con sus propias piernas.

Los autores arriba recordados son por mucho los últimos de su especie. ¿Cómo es posible? Mi explicación (la mejor que puedo imaginar) es que los primeros “especialistas” nunca son del todo especialistas. La generación que hoy ha alcanzado los sesenta años proviene aún de un pasado cultural pre-especialista. Los maestros de la generación de Dahl (el más joven de los arriba recordados) llegaron al estudio de la política desde otras orillas, enriquecidos por aportes exógenos.²⁵ Las generaciones sucesivas están por el contrario cada vez más en

²⁴ En “A Generation of Political Thought”, *loc.cit.*, p. 326.

²⁵ El más americano de dichos maestros fue Merriam, en torno al cual se desarrolló la así llamada Escuela de Chicago; lo que no suprime que su *Political Power* (1934) fuese, culturalmente, de derivación alemana. En cuanto a Arthur Bentley, fue en verdad un autor de poliédrica cultura (en parte filósofo, en parte matemático, en parte influenciado por Simmel). En todo caso, *The Process of Government* tuvo muy poca influencia hasta el repunte de David Truman con su *The Governmental Process* de 1951.

incubación endógena, es decir, nacida en la especialización, en una especialización cada vez más estrecha y, todavía peor (sobre todo en Estados Unidos), en un especialismo en el que la transmisión del saber se ha impedido. No sólo se ha impedido, sino es que también destruido, un poco gracias al innovacionismo, un poco por culpa del nominalismo (que hace un “desgarriate” del instrumento lingüístico), y sobre todo, al final, porque es empujada por, o a través de, un cuantitativismo librado en el vacío. A lo que se debe agregar, por encima de todo, el progresivo debilitamiento, con los más variados títulos, de la escuela pre-universitaria.

Cualquier saber (conocimiento) es, debe ser, racional; es decir, desarrollado y organizado *de manera razonada*. La capacidad de raciocinio no es condición suficiente de adquisición de nuevo saber, pero no obstante es siempre condición necesaria. Quien desarrolla un argumento salpicado de estrellas de *non sequitur*, de vicios lógicos, de palabras indefinidas o ambiguas, no produce y mucho menos transmite saber: lo estropea. Con esto no digo que para hacer bien las cosas es necesario estudiar lógica, sino que observo que una formación lógica era subestimada cuando en la escuela los jóvenes debían sudar en serio con el griego, el latín, la filosofía y, en general, con los “clásicos”. De la segunda posguerra en adelante, la escuela “disciplina”, cada vez menos en las áreas normativas, no enseña a escribir y mucho menos a pensar. Ahora que están llegando a clase las computadoras, los quinceañeros pierden, o perderán también, el control de la mano y de los dedos (la mano aprisionadora del *homo* no sólo *faber* sino también *sapiens*) en favor de la mera “digitalización”. Dentro de poco descubriremos que los muchachos no tienen ya ni siquiera necesidad de ejercitar la memoria y de recordar: todo es ya memorizado en la máquina. Futuristas en parte, y permaneciendo en el punto, en las últimas décadas las universidades han acogido jóvenes cada vez menos y siempre peor adiestrados a pensar, lógicamente, a razonar según las reglas de racionalidad. Aquella lógica que hasta el final de los años treinta era sobreentendida en la *paideia*, hoy ya no está sobreentendida; hoy sería enseñada, debería (si queremos que sobreviva) permanecer explícita. Pero de ninguna manera es enseñada y mucho menos en la universidad. Peor aún, en las ciencias sociales la lógica ha desaparecido o casi, también en los contenidos de enseñanza que se declaran de “metodología”, es decir, de método del *logos*. La industria editorial introduce cada año en el mercado aludes de textos que se dicen de metodología pero que se ocupan, en realidad, de técnicas de investigación y de tratamiento estadístico de datos. En la así llamada y mal llamada metodología, la estadística confunde *logos* y lógica.

Y, ¿entonces cómo asombrarse de que los grandes ya no existan más? Y ¿cómo asombrarse, paralelamente, del empeoramiento de la disciplina en su conjunto?

Decía antes que del *behaviorismo* hemos entrado abruptamente en la cuantificación,²⁶ y que la computadora ha llegado, para las ciencias sociales, demasiado pronto. Quisiera concluir con estos dos puntos —que, aunque ligados, son claramente diversos— con lo dicho por los enemigos a ultranza de los números: *quis incipit numerare incipit errare*, quien comienza a contar comienza a fallar. En el extremo opuesto está lo dicho por el economista Frank Knight: “si no estamos en grado de medir algo, hagámoslo, es decir, midámoslo igualmente”. Lord Kelvin, que era un físico, era menos arrojado y decía: “si no lo puedes medir, si no lo puedes expresar en números, tu saber es todavía modesto e insatisfactorio”. Le responde el economista Jacob Viner: “cuando lo puedes medir, cuando lo puedes expresar en números, tu saber es aún modesto e insatisfactorio”.²⁷ ¿Cómo resistir la tentación de entrar en este torneo de paráfrasis? Entonces propongo la variante: “aunque lo puedas medir, si no sabes antes lo que mides y por qué, tu saber es insatisfactorio”. En suma: ¿cuánto de cada cosa?

Cuando preguntamos “¿qué es?”, es claro que estamos usando palabras, no números. Por lo tanto, la pregunta “¿cuánto de cada cosa?”, reclama la atención sobre el hecho de que el grueso del saber de las ciencias sociales es expresado en lenguaje natural, cualitativo y no cuantitativo. Lo que nos obliga a reflexionar sobre el estado del lenguaje y sobre la importancia del instrumento lingüístico. Siempre he dicho, hasta la saciedad, que sin un lenguaje preciso —relativamente precisado y definido— no se da ni ciencia ni conocimiento. Y no puedo sino reír cuando el estado del lenguaje es hoy, en las ciencias blandas, peor que blando.

Lo importante aquí, es que en estas condiciones el encuentro de las ciencias sociales con la computadora no puede más que ser desastroso. Entre seres humanos aún podemos entendernos (queriéndolo) sin precisiones de lenguaje, pero entre hombre y máquina no. Aún más, a la computadora no le basta una precisión relativa: requiere una precisión absoluta. El absurdo o la ironía de

²⁶ La mejor confirmación de este paso abrupto está en la rápida transformación de la *American Political Science Review*, por más de una década, en una revista sobre todo monopolizada por valientes pedazos estadístico-cuantitativos.

²⁷ Recupero las citas de Knight, Kelvin y Viner en Merton *et. al.*, “The Kelvin Dictum and Social Science”, *Journal of the History of the Behavioral Science*. October. 1984, pp.31- 319.

nuestro tiempo es pues que cuanto más hemos entrado en la era de los cerebros artificiales y de la informática, menos nos hemos dado cuenta, cuando menos en las ciencias del hombre, de cual sería su imperativo lingüístico. Ciertamente, la computadora es hoy un millón de veces más rápida que la mente humana, pero sigue siendo una máquina millones de veces más estúpida que la mente humana. La computadora simplemente obedece las instrucciones que recibe. Para la computadora no hay, no puede haber, nada sobreentendido, nada implícito, nada intuitivo, nada que “vaya por sí mismo” (sin necesidad de decirlo). Lo cual equivale a decir que el ordenador no admite saber lo no expresado, no se ayuda de un bagaje de “saber personal”, y no puede ajustar automáticamente (como lo hace a cada segundo el *homo loquax*) las palabras al contexto en el que son empleadas. Si las instrucciones no lo explicitan, el ordenador no distingue entre can —animal doméstico— y can —constelación—; entre “bueno” en sabor y “bueno” en ética. Respecto al muy meticuloso, sistemático definir pedido por la máquina, mi antigua insistencia sobre las definiciones es un ejercicio que apenas basta para los estudiantes de escuela elemental. No obstante, mis jóvenes colegas aferrados a la estadística no parecen darse cuenta de todo esto. Mientras ellos duermen, Kinlax trabaja. En la mañana se encuentran, muy bien por cierto, preparados como para correr armados de tijeras, y esto más que nada para ver dónde y cuánto cortar. Lo que ha sucedido durante la noche en la “caja negra” no lo saben, no pueden (aunque queriéndolo) saberlo, y como quiera que sea importa poco. Así, y a este paso, la celebrada era de la informática corre el riesgo de volverse cada día más la era de la *desinformación*, de pseudodatos y pseudoagregados que cada vez nos inundan más, y que surgen sin que nadie esté en posibilidad de desenredarlos y controlarlos. Lo repito, la computadora ha llegado para nosotros demasiado pronto: y en el encuentro entre hombre y máquina, en esta ocasión es el hombre el que queda destruido.²⁸

¿Exagero? Esta vez lo admito plenamente: sí, estoy exagerando. Pero sin exageración las campanas de alarma no se escuchan. Y de tanto insistir el campanario será escuchado; de igual manera estoy listo a reconvertirme del pesimismo al optimismo. Sí, estoy convencido que el grueso de la Ciencia Política (aquella que veo y vivo en Estados Unidos) no va, de diez o quince años

²⁸ Cfr. los primeros dos capítulos de “La política”, *op.cit.* y otra vez G. Sartori *et. al.*, *The tower of Babel*. International Studies Association, Pittsburgh, 1975, *passim*; y, por último, “Guidelines for Concept Analysis”, en *Social Science Concepts*, *op. cit.*, pp. 15-22.

a la fecha, mejor, sino peor. Pero permanezco también convencido que no se necesitaría mucho para remediarlo. Bastaría advertir que nuestra debilidad está, hoy, en nuestras piernas metodológicas. Y para enderezarlas bastaría preocuparnos por ellas, bastaría advertir el problema. No se nos pide descubrir la piedra filosofal o el elixir de la eterna juventud. Es necesario solamente que la preparación del politólogo (y del sociólogo) perciba y reaccione ante los vacíos producidos por los desconcertantes cambios de las últimas décadas. También el crecimiento produce descompensaciones: hemos crecido, y ahora debemos recompensar. La lógica existe: estudiémosla. El lenguaje no debe inventarse: mejorémoslo conscientemente. Hay un método implícito en las técnicas estadísticas: desenterrémoslo. Hablo de cosas que están al alcance de la mano. Basta que la mano no sea atrofiada por la digitalización, que permanezca aprisionadora, y que sepa qué aprisionar.